

LAS CRÓNICAS DE TITO VALERIO NERVA · II

EL ENEMIGO INTERIOR

SERGIO ALEJO GÓMEZ



Las aventuras de Tito Valerio Nerva y sus compañeros de centuria por tierras hispanas no han hecho más que comenzar. La saga continúa y, en esta segunda entrega, los legionarios, que ya están metidos de lleno en la trama, tendrán que emplearse a fondo para desbaratar el plan de los conspiradores y salvar a Augusto de su funesto destino.

Pero Apio Flavio, implacable y frío asesino, ha aceptado el encargo de deshacerse de todos los que están al corriente de la trama, y para ello se infiltrará en el campamento de la IV legión Macedónica.

¿Podrán Valerio y sus camaradas hacer frente a semejante amenaza? ¿Será capaz un solo hombre de acabar con los valerosos soldados de Roma?

Non semper ea sunt quae videntur
(No siempre las cosas son como se ven)

Fedro, *Fábulas*, 4.2.5

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, me gustaría dar las gracias a todos los que de nuevo me han prestado su apoyo a la hora de continuar con las aventuras de Tito Valerio Nerva y sus camaradas de la IV Legión. También quiero dar las gracias a todos los que han dedicado unas horas de su vida a la lectura de la primera parte de esta novela. La verdad es que cuando la escribí no pensaba que iba a gustar tanto, y me llena de orgullo poder escuchar las opiniones que las personas que ya la han terminado. Esas opiniones son las que me han ayudado a dar forma a esta segunda parte, no penséis que no he estado atento a lo que me habéis ido comentando, ya que he ido tomando nota de ello para poder mejorar y para corregir esos pequeños detalles que me habéis hecho llegar.

Sin duda alguna, el mayor éxito para un escritor es que su obra guste. Que guste a los que lean habitualmente el género de novela histórica, pero es también muy importante que guste a todos aquellos que nunca habían tenido la oportunidad de leer ninguna antes. Si gracias a este libro, alguno de vosotros ha descubierto un género literario desconocido hasta ahora, y se ha sentido atrapado por él, me doy por satisfecho doblemente. Ese debería ser el objetivo supremo de cualquier escritor, que su obra agrade al lector, y cuando este se cumple con creces, como creo que ha sido mi caso, es la mayor recompensa que uno puede recibir al trabajo y esfuerzo realizado. A lo largo de estos meses y a medida que la gente ha acabado la lectura, habéis sido muchos los que me habéis dicho que la historia os ha enganchado, que el final de la primera parte os ha dejado en vilo y con muchas ganas de continuar leyendo. Lo sé, os he

dejado con la miel en los labios, pero tened presente que ahora que tenéis en vuestras manos la continuación, reviviréis de nuevo las aventuras de Valerio y los suyos y pensad que la espera ha merecido la pena, pues todo relato requiere sus horas de trabajo y dedicación. Espero pues que disfrutéis con la continuación y que esté a la altura de vuestras expectativas.

De nuevo quisiera agradecer el apoyo, la comprensión, y sobre todo la paciencia a la persona más importante de mi vida, mi mujer Laia, que ha estado a mi lado desde el principio hasta el final, y que podría decirse que es parte vital de este proyecto. Ha compartido conmigo los buenos momentos, y como no, también los malos (que han sido muchos menos por supuesto), infundiéndome ánimos y energías cuando estas faltaban para proseguir. Me ha acompañado a los eventos en los que he participado y se ha preocupado de que todo funcionase correctamente, estando siempre más nerviosa que yo. Gracias cariño, de todo corazón por continuar acompañándome en este largo camino, sabes que sin ti eso no hubiese sido posible.

Para completar este segundo libro me ha sido de gran ayuda poder experimentar en mis carnes como era la vida de un legionario en campaña. Para que eso fuera posible, he contado con la inestimable colaboración de mis grandes amigos de la Asociación Legio IV Macedónica de León. Gracias de todo corazón por invitarme a pasar un magnífico e inolvidable fin de semana durante la celebración de las fiestas de Astures y Romanos de Astorga 2015. Ha sido una experiencia inolvidable, me ha servido para conocer a gente maravillosa y me he sentido muy cómodo en todo momento, como si fuese uno más de vosotros. Además, he tenido la posibilidad de vivir en primera persona y desde dentro como se sentía un legionario romano, y sin duda ha sido una de las experiencias más increíbles que he vivido nunca, que me ha servido para explicar con más detalle aspectos que se recogen en esta novela. No me olvido de to-

da la información que me habéis hecho llegar de manera desinteresada y que me ha ido muy bien para detallar aspectos concretos de la legión. ¡Gratitud Quartani!

Adicionalmente quiero dar también las gracias a todos los que me han apoyado en las tarcas de divulgación de la primera novela a lo largo de estos meses: a Jordi Vilalta del Centre d'Estudis Rubinencs - Grup de Col·laboradors del museu de Rubí, por facilitarme los medios y el lugar para llevar a cabo la primera presentación. A Mikel Carramiñana y Bikendi Goiko Uria, autores y presentadores del programa de radio «La Biblioteca Perdida», por el interés mostrado en la obra y por ofrecerme la oportunidad de presentarla para su audiencia a través de una entrevista radiofónica. A la organización de las fiestas de Astures y Romanos 2015 de la localidad de Astorga por ofrecerme la posibilidad de llevar a cabo una presentación de mi novela. Enumeraría a mucha más gente, pero creo que me dejaría a alguien, es por ello que lo hago de manera colectiva. En definitiva, quiero dar las gracias a todos los que han colaborado de manera desinteresada en la divulgación de la novela y me han ofrecido una oportunidad de colaborar con ellos.

No quisiera cerrar este apartado sin mencionar a una persona muy especial que he conocido recientemente, pero que es como si la conociese de toda la vida. Gracias por esos momentos mágicos que me han permitido ver las cosas más claras y por tus palabras sinceras que me han sacado un peso de encima, tú sabes a que me refiero *frater*. Un abrazo muy fuerte.

Para finalizar doy de nuevo las gracias Héctor Escobar y a su editorial, EOLAS, por la confianza que ha depositado tanto en mí, como en mi obra.

Ahora sin más dilación, os dejo con la continuación de Las Crónicas de Tito Valerio Nerva. Espero que disfrutéis de la lectura de *El Enemigo Interior*.

SERGIO ALEJO GÓMEZ

HISPANIA AÑO 27 a.C. (ANTES DE LAS GUERRAS CÁNTABRAS)



PREÁMBULO

No le gustaba demasiado la idea de hacerse pasar por otra persona, aunque había que reconocer que ello le permitiría acceder al campamento de la legión de manera mucho más fácil y discreta. Cuando Sexto se puso en contacto con él tan solo un día después de que se encontraran en la taberna del ya desaparecido Saturnino, no se imaginó que le iba a proponer semejante absurdidad. El funcionario le dijo que confiase en él, que se trataba de un excelente plan y que ello le facilitaría en gran medida la posibilidad de estar cerca de sus nuevos objetivos sin levantar sospechas. Al principio no se mostró muy convencido con lo que le explicaba, mostró cierto recelo, aunque a medida que su interlocutor le explicaba más detalles su parecer cambió. En cierto modo ese hombre tenía razón. Esa posición le iba a otorgar movilidad total, se podría desplazar por el fuerte con libertad y además contaría con el beneplácito de trabajar para uno de los funcionarios más importantes del recinto. Visto de esa manera no le pareció tan mala idea, por lo que invitó al hombre a que le acabase de relatar el plan completo.

Tras explicarle brevemente y en términos generales lo que se proponía, Sexto le hizo entrega de un pase de personal civil. Se trataba de un pergamino en el cual figuraban sus datos personales y la función que debería desempeñar desde aquel momento. Le dijo que con ese papel podría entrar y salir del campamento con total libertad, pero le advirtió de que lo guardase a buen recaudo, que no lo extraviase, ya que hacer un duplicado era muy complicado, y mucho más cuando la legión estaba en movimiento. Según le explicó, en caso de pérdida, la copia se debía solicitar a

Roma y ya se sabía lo diligentes que eran los temas relacionados con la burocracia. Si además se le añadía el inconveniente de que la legión estaba en marcha, como previamente le había explicado, eso dificultaba mucho más la gestión.

Aulo Caelio Pullo. No sonaba mal. Ese iba a ser su nuevo nombre. Aunque no le agradaba la idea de hacerse pasar por otra persona. Era la primera vez que debía hacer algo así, pero intuía que no iba a ser la última. Tampoco le gustó el cargo que iba a desempeñar, o al menos, el que reflejaba el pase: ayudante de cámara. Levantó la mirada del documento y le dijo a su contertulio:

—Estoy de acuerdo con el nombre que has elegido, aunque en lo relativo a mi nuevo trabajo...

—Tranquilo, hombre —dijo Sexto—. Es un mero trámite. Que ponga eso en el documento no significa que tengas que realizar dichas tareas...

—Me quitas un peso de encima, pues no me veía siendo tu asistente —respiró aliviado.

—Eso te permitirá estar cerca de mí en todo momento —explicó el funcionario—. Ya lo he preparado todo, no te preocupes. Te harás pasar por el hijo de mi hermana —continuó diciéndole—. Tras la fatídica muerte de su marido, tu padre y por ende el *pater familias*, ella contactó conmigo para ver si te podía buscar un puesto en la legión. Es importante que tengas claro que para llegar hasta aquí debes haber servido en la administración, por lo que esto no es más que un traslado... A ojos de los demás, claro está.

—Interesante historia —dijo el asesino.

—Creo que lo importante es que se trate de una historia sencilla. Si la complicamos demasiado costará mucho más de creer, hazme caso, sé de lo que hablo —comentó de nuevo Sexto.

—Muy bien, nada que objetar. Tú eres el que pagas, tú eres el que mandas —dijo con cierto tono de frialdad Flavio.

—Por supuesto. Aunque deberás cambiar ciertos hábitos para hacerte pasar por pariente mío, se supone que perteneces a una buena familia de Roma —apuntó el hombre.

—Por supuesto —respondió este haciéndole una reverencia con aire burlesco.

—Es importante que te tomes esto en serio, Flavio —dijo Sexto un poco molesto—. He dado la cara por ti ante mis superiores, y lo que hay en juego va más allá de lo que puedas imaginar.

—Tranquilo, tan solo era una broma, me esforzaré por parecer lo que no soy —dijo el hombre un poco avergonzado.

—Eso espero —dijo de nuevo el funcionario.

—Hablemos ahora de cómo voy a deshacerme de todos esos legionarios —dijo Flavio cambiando de tema—. No va a ser tan fácil. Supongo que contaré con ayuda, ¿no?

—Debes hacerlo sin llamar la atención —dijo Sexto—. Si quisiéramos acabar con ellos de una sola vez podríamos hacerlo nosotros, créeme. Queremos que seas sutil y discreto, no nos interesa montar un espectáculo. Creo que estás suficientemente capacitado para hacerlo sin necesidad de ayuda externa. De todas maneras, cuento con varios socios dentro del campamento, si llegado el momento no tenemos otra alternativa podremos contar con ellos para lo que haga falta. Aunque preferiría que te ocupases tú solo, creo que eres capaz de hacerlo.

—Como desees —dijo de nuevo Flavio.

El trabajo iba a ser más complicado de lo que creía en un principio. El día anterior, la primera vez que se habían reunido tras el encuentro en el viejo molino, no habían hablado sobre cómo debía deshacerse de los incómodos soldados. Pensó que tal vez Sexto y los que estaban por encima de él le darían unos cuantos hombres para realizar el encargo, en el mejor de los casos también legionarios. Así se encargarían de Valerio y sus camaradas en igualdad de

condiciones. Pero la cosa iba a ser diferente, no contaría con apoyo extra, debería de apañárselas solo haciendo uso de su ingenio y de sus habilidades. El funcionario se lo había dejado bien claro, sus jefes le habían pedido discreción y tenía sentido. Las palabras de Sexto le hicieron volver de nuevo a la realidad:

—¿Ha quedado claro, Flavio?

—Muy claro —respondió el aludido.

—Bien. La legión emprenderá la marcha pasado mañana con las primeras luces del alba —dijo el hombre.

—¿Han retrasado la partida? —preguntó un poco intrigado.

—Eso parece... —contestó el hombre.

—¿Y se puede saber el motivo? —volvió a preguntar.

—Problemas de intendencia —respondió—. Marco era el encargado del avituallamiento de la legión. Llevaba las cosas a su manera, y al morir han tenido que colocar a otra persona en su puesto. Eso lo ralentizará todo.

—Creí que te harías cargo tú de sus tareas —preguntó Flavio.

—En un principio iba a ser así, aunque sugerí a los altos cargos que pusiesen a un hombre que sabía hacer muy bien ese trabajo —dijo el funcionario—. En cierto modo no tener que ocuparme de ello era un alivio para mí. Ya tengo bastante lío con mis tareas como para tener que encargarme de llevar la cuenta de las provisiones para más de diez mil hombres. Me comprometí a supervisar su trabajo y echarle una mano cuando fuese menester. El elegido es un hombre capaz, aunque me da a mí que una vez comprobada la manera en que Marco llevaba las cosas, tendré que echarle una mano más a menudo de lo que en un principio me imaginaba.

—¿Tantos hombres hay en una legión? —preguntó incrédulo Flavio.

—¡Por los dioses! —exclamó el hombre mirando al cielo—. Te queda mucho por aprender aún...

—Perdona, pero no estoy muy familiarizado con la vida castrense —contestó el asesino un poco ofendido.

—En una legión no solo hay que contar con los soldados romanos —empezó a explicar Sexto—. Aparte de ellos, también se encuentran los *auxilia*, que son los destacamentos de aliados de Roma. Generalmente su número suele ser el mismo que el de legionarios, lo que duplica el número de bocas que alimentar, a los que hay que añadir los caballos en caso de que esas tropas incluyan destacamentos de jinetes.

—Vaya, sí que es complejo el entramado de una legión —dijo Flavio estupefacto por la información que estaba recibiendo.

—Y la cosa no acaba ahí. No solo hay que tener en cuenta al personal militar, sino también a los civiles que acompaña a cada legión, como es mi caso —apuntó el funcionario—. El número varía según las necesidades de cada una. Pero puedes añadir una media de quinientas bocas más que alimentar, entre esclavos, administrativos... ¿Te imaginas lo complicado que puede llegar a ser tener que gestionar todo ello?

—Pues si te soy sincero no —dijo el hombre—. Pero tampoco creo que sea una tarea demasiado compleja para un hombre como tú.

—No creas. Estaría demasiado ocupado para estar pendiente de lo más importante —dijo el hombre—. Pero dejemos eso de lado y centrémonos en lo que a ti te concierne.

—Mejor. Dime entonces, ¿cuándo debo entrar al campamento? —preguntó.

—Lo antes posible —contestó secamente Sexto.

—Está bien. Para qué demorarlo más, cuanto antes me ponga en marcha, antes acabaré el trabajo —dijo Flavio.

—Así me gusta. Te he traído esto —dijo el funcionario a la vez que le entregaba un paquete de grandes dimensiones—. Te ayudará a meterte más en el papel.

El asesino cogió lo que el hombre le entregó. Abrió el paquete y se quedó sorprendido al ver que se trataba de ropa. Era ropa limpia, una túnica, unas sandalias de cuero y una capa de lana. Eran prendas de buena calidad, aunque para su gusto demasiado refinadas. Los colores eran llamativos y presentaban adornos y florituras. Sabía que era el tipo de ropajes que llevaba la gente adinerada y de clase alta, y pese a que no eran de su agrado, prefirió guardarse sus comentarios ya que sabía que era lo que debía ponerse para no llamar la atención en el sitio al cual se dirigía. Tras echarle un vistazo con detenimiento, le dijo a Sexto:

—Gratitud...

—Creo que te servirán. Si no te van bien, te buscaré otros más adecuados cuando estés en el campamento —dijo el hombre.

—A simple vista creo que no habrá problema —contestó cortésmente este.

—Muy bien. Arregla lo que tengas pendiente aquí y cuando acabes, vístete con esas ropas y dirígete al fuerte —empezó a decirle—. Cuando llegues a la puerta, deberás decir a los guardias que eres el hijo de Servio Caelio, y que deseas ver a Cayo Sexto Apuleyo. Te harán esperar allí hasta que me encuentren, y cuando lo hagan les daré autorización para que te dejen entrar. Te indicarán cómo llegar a mi tienda... —continuó explicando el hombre—. Lo demás ya lo sabes.

—De acuerdo, parece fácil —sonrió el asesino.

—Lo es. Aunque te sugiero que guardes tus maneras, así todo será mucho más creíble —insistió Sexto mientras se levantaba de la mesa y se daba la vuelta para marcharse.

—No te preocupes —dijo Flavio—. Nos veremos está tarde en tu tienda. Por cierto, una cosa más.

—Lo sé —dijo Sexto, dándose la vuelta y lanzándole una pequeña bolsa de cuero sobre la mesa.

—Vaya, ¿tan previsible soy? —dijo recogiendo la bolsa y abriéndola para comprobar su contenido.

El funcionario asintió con la cabeza y se encaminó hacia la salida de la taberna sin decir una sola palabra. A los pocos instantes desapareció de su vista. Desde que se había deshecho del chivato de Saturnino, creía que era más prudente reunirse con su contacto en otro punto de la ciudad. Por ello creyó oportuno buscar un lugar más resguardado, un lugar donde nadie le pudiese reconocer. Eligió una taberna que estaba situada en los alrededores del foro provincial de la ciudad, cerca de donde estaba el mercado. Para ser más exactos, a un *gradus*^[1] de distancia de la casa del artesano al que visitó el legionario Valerio pocos días atrás. Era un lugar discreto, alejado de las miradas de los curiosos, por lo que le gustó. Cuando el funcionario fue a buscarlo a la taberna del puerto aquella misma mañana, él ya le estaba esperando en las puertas de acceso a la ciudad. Le hizo saber que se había producido un problema con el punto de reunión. Le explicó que había surgido un ligero contratiempo con la taberna y que era más prudente para ellos marcar otro lugar para futuros encuentros, en caso de que estos fuesen necesarios. Cuando Sexto le preguntó qué había sucedido, no le quedó más remedio que explicárselo, aunque de manera breve y escueta, sin dar más información de la necesaria.

Le relató que cuando regresó a la taberna, no le hizo falta apretar demasiado a Saturnino. Este le reconoció casi al instante que se había ido de la lengua. El local estaba hecho un desastre, parecía que hubiese pasado por allí una *turma*^[2] de caballería a la carga. Sin tener que decirle nada, el viejo le relató con sumo detalle todo lo sucedido. Prueba de que decía la verdad era la sangre reseca que había en el suelo, que era prueba fehaciente de que se había librado un combate a muerte en aquel antro. Había mandado que vinieran a recoger los cuerpos de los hombres que habían muerto durante la refriega, ya que era una mancha para la reputación de su negocio. Sus contactos fueron rápidos y efectivos a la hora de ocultar el rastro de todo lo que había

pasado en su taberna, y el precio por llevar a cabo semejante tareas no había sido barato precisamente. Le explicó entre balbuceos cómo los legionarios, una vez se hubieron deshecho de sus rivales, se ensañaron con él. Le habían torturado a conciencia, y le habían amenazado con que si no les decía donde se encontraba su escondrijo le matarían lentamente y entre terribles sufrimientos.

En ese instante el viejo, conocedor del mal carácter que tenía el asesino, se echó a llorar y le pidió disculpas por haber hablado más de la cuenta. En un primer momento el asesino pareció no darle importancia, es más, incluso se acercó a la barra y le pidió que le sirviera una copa de su mejor vino. Eso sorprendió a Saturnino, que se dio la vuelta y se dirigió hacia el barril más cercano. En ese preciso momento, por la espalda y de manera inesperada, una hoja atravesó su garganta, matándolo de manera rápida. El tronco superior del cuerpo se desplomó en el interior del barril, y el color del líquido ocultó la sangre que manaba de la herida. Tras acabar con el anciano, se sirvió una copa de vino del barril en el que no había caído el cuerpo del posadero, el que estaba justo al lado. Un soplón menos del que preocuparse.

Tan solo le quedaba un traidor del que deshacerse, la rata infame de Quinto. Ya llegaría su hora, tarde o temprano los dioses volverían a cruzar sus caminos y sin duda aprovecharía la oportunidad para enviarlo al Tártaro a rendir cuentas por la vida que había llevado. Prefirió no mencionar nada respecto a ese hombre al funcionario, eso se lo guardaba para él. Tan solo se vio obligado a poner en su conocimiento el hecho de que el viejo había puesto en peligro la misión y que se había encargado de hacerle pagar su error.

Se puso a contar las monedas delante de él. Le había dado un generoso adelanto, doscientos cincuenta denarios, la mitad del precio que tenían por separado cada una de sus víctimas. Eso significaba que tenía plena confianza en él